



LIBRO Y SOCIEDAD LECTORA

ALGUNOS RECORRIDOS DE HISTORIA CULTURAL

Manuel José de Lara Ródenas
Universidad de Huelva

Decía don Quijote que el mayor pecado del hombre, que algunos dicen que es la soberbia, no es sino el desagradecimiento. Para no ser desagradecido quiero, por tanto, mostrar mi gratitud de corazón a los organizadores y, en especial, a Eloy Martos, director de este Seminario y coordinador de la Red de Universidades lectoras, en cuya persona quiero representar a los demás miembros de ella.

“Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares”.

Estos versos de principios del siglo XVII, que durante mucho tiempo se consideraron de autor anónimo y que hoy sabemos que fueron escritos por Andrés Fernández de Andrada, pertenecen a la *Epístola Moral a Fabio*, en mi opinión uno de los mejores poemas que ha dado la lengua española, y resumen lo que aún hoy, para un hombre de mi generación y mis costumbres, significan los libros. Libros, escribía Vicente Espinel en *La vida de Marcos de Obregón*, “fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para el buen vivir y centinelas para bien morir”. Perdonen que haya comenzado con dos alusiones eruditas.

Al fin y al cabo, los organizadores de este seminario me han invitado a hablar en este acto de clausura, con mayor generosidad por su parte que merecimiento por la mía, porque probablemente hayan visto en mí esa relación que efectivamente tengo con los libros y las lecturas, de los que me he visto rodeado permanentemente a lo largo de los años y que disculparán las anteriores citas literarias: por mi profesión de historiador he escrito algunas páginas sobre ellos y he dicho cosas en clase, aunque me parece que escribir o hablar sobre los libros y la lectura es sólo pasar la mano sobre la superficie de un océano, bajo la cual se aprieta una insondable profundidad de experiencia y de conocimiento. Pero sin duda hoy me trae aquí el haber participado en los últimos tiempos de las ilusiones, las convicciones y las esperanzas de la Red de Universidades Lectoras, que, como saben ustedes, reúne hoy a más de una veintena de universidades españolas, portuguesas y americanas (y pronto se unirán instituciones de otros continentes) que están convencidas de que no hay educación posible sin una sana insistencia en los recursos intelectuales de la lectura y la escritura, prácticas en los que

en buena parte consiste nuestra especificidad de seres humanos: no sólo como la vía ineludible de la experiencia y el conocimiento, como he dicho antes, sino como la propia estructura interna del pensamiento, la maravillosa posibilidad humana de ordenar y comprender el mundo a través de las palabras.

Como ha dicho el presentador, ocupo hoy en la Universidad de Huelva el cargo de Vicerrector de Extensión Universitaria, lo que hace que, entre mis ocupaciones diarias, esté la de ser responsable, académicamente hablando, de la Biblioteca y del Servicio de Publicaciones de la Universidad, servicios centrales donde los haya de una institución universitaria, donde se gesta y se difunde la producción científica de los investigadores y que cumple, como ningún otro servicio, la tercera obligación que desde hace unas décadas tiene la Universidad, además de la docencia y la investigación: la transferencia a la sociedad.

“Un libro y un amigo, un sueño breve”. Eso era, ya lo hemos visto, en lo que resumía la *Epístola Moral a Fabio* la autenticidad de una vida serena y honesta. De esas tres cosas, libro, amigo y sueño, no hay duda de que, en los tiempos que corren, lo que está más al alcance de nuestra mano es un libro. A los libros y a la lectura dedicó Quevedo un soneto cuyos cuatro primeros versos, también a mi juicio, están entre los mejores de la poesía española:

“Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos”.

Pocos versos tienen la intensidad y la hondura de este “escuchar con mis ojos a los muertos” que tan plásticamente describe el ejercicio de la lectura, esa milagrosa posibilidad de seguir en contacto con la experiencia de los muertos sin videncias religiosas ni parapsicológicas. Y he dicho ejercicio de la lectura, y podría decir deporte, porque si el ajedrez es un deporte que ejercita la matemática profunda de la mente humana, que está tan en contacto con la capacidad gramatical de subordinar frases e ideas, que es lo único que de momento diferencia a los humanos de los demás seres vivos, qué no podríamos decir de la lectura, ámbito de la libertad, ejercicio de la curiosidad, relevo de la experiencia, deporte no olímpico del entendimiento.

No creo que la lectura sea sólo un cauce por la que un emisor conduce un texto a un receptor, es decir, una vía única de sentido entre el escritor y el lector. Yo creo, en cambio, que el libro es un objeto pleno, complejo, rebosante, que no se resume en el texto que contiene, sino que, como objeto, es el resultado de una interacción entre su parte intelectual y la materia que lo envuelve. En esto estoy totalmente de acuerdo con Roger Chartier, el padre de la nueva historia cultural, cuando dice que los modos de la lectura no se resuelven únicamente en la captación mental del contenido de un texto, sino también en todas las circunstancias sensoriales que la rodean, y que forman parte indisoluble del ejercicio lector. Probablemente la lectura no sea una práctica que comience por los ojos, sino por el tacto y el olfato, sentidos que tienen tanto que decir como la vista, pues la textura de las páginas al contacto con las yemas de los dedos y el olor de la tinta cuando entra en los pulmones de lo sensitivo, son datos irrenunciables para encontrar el placer de la lectura. Y eso es algo que los libros electrónicos de 300 euros aún no dan.

Reconozco, en este sentido, que soy incapaz de leer una edición mal hecha de un texto que me interesa. Digo mal hecha y no barata, porque leer barato también es un ingrediente de la buena lectura y porque, se diga lo que se diga, el libro en España no es caro. Hace un par de meses, en la presentación en Huelva de la Red de Universidades Lectoras, el Sr. Rector de la Universidad de Huelva, cuya cátedra es de Economía Financiera y Contabilidad, recordaba que la escritura había nacido precisamente no como fijación de pensamiento, sino como instrumento de contabilidad. A la contabilidad agraria se sumaron luego otras contabilidades, intelectuales, políticas, sentimentales, pero probablemente la escritura sigue manteniendo desde hace milenios una estructura interna de raíz matemática, orden y simetría cuya importancia no debemos olvidar, y que aquí designamos con el nombre de gramática.

En cierto modo, el libro es tan independiente del texto que contiene que, llegados ya a una edad, llegada ya la segunda mitad de la vida, cuando nos viene la certeza absoluta de que ya no nos queda tiempo para leer las obras que hubiéramos querido, y tenemos una cola esperando que dobla ya por detrás de las estanterías, comprar un libro es un acto de amor totalmente desinteresado. Porque hay libros que no se compran para ser leídos, ni siquiera en la vaga esperanza de que alguna vez les toque el turno. Se compran para que estén ahí, para poder verlos al pasar, para que esperen algo que no va a ocurrir y para que el lomo ilumine un trozo de la vida de nosotros mismos.

Porque lo que está en juego somos nosotros mismos. Hay quien dice que nuestra única patria es la infancia. Hay quien afirma, sin embargo, que nuestra patria son los libros, y para eso es indiferente que se sepa leer o no. Platón hacía decir a Sócrates que “todo pensamiento, una vez escrito, circula por doquier, tanto entre quienes lo entienden como entre quienes nada tienen que hacer, y no sabe a quién hablar y a quién no”. Hay libros, como *El Quijote*, que han tenido una profundísima influencia en la conformación de la sociedad española independientemente de que se hayan leído o no. Entre un libro y un individuo hay mil atajos que llevan de uno a otro y de otro a uno y la autopista de la lectura es sólo una de las muchas formas de comunicación entre ellos. Se ha dicho mil veces que nuestra época es relativista, que somos relativistas, sin que la mayoría de nosotros haya tenido nunca la curiosidad de leer la *Teoría de la Relatividad General* de Einstein, ¿y hay quien no intuya, siquiera someramente, lo que contiene ese libro? ¿Hay quien desconozca a don Quijote, quien no se deje atrapar por la profunda simpatía por lo humano de don Quijote, aunque no haya leído la obra de Cervantes? Decía Rafael Alberti en *La arboleda perdida* que le gustaba leer en idiomas que no conocía, porque los huecos de lo que no entendía los suplía con lo mejor de sí mismo. No hace falta entender del todo la poesía, decía Juan Ramón Jiménez; basta dejarse llevar de su emanación. Hay muchos caminos para que los libros ejerzan, con fortaleza y energía, su decisiva influencia sobre nosotros. Porque, a pesar de lo que a menudo se dice de la imagen en nuestros días, nuestra cultura fuerte es la cultura escrita, y de ella dependen y cuelgan las demás. La escritura no es sólo un instrumento de comunicación. Es una estructura de pensamiento. Y en la Historia hay dos momentos conformadores del pensamiento: la aparición del lenguaje y la invención de la escritura. Con el lenguaje y la escritura construimos el mundo al que pertenecemos, le damos sentido, le prestamos coherencia y, finalmente, lo habitamos. En la metáfora bíblica, no hay sólo una creación, hay dos. Una es el *Fiat lux*, hágase la luz, que nos enseñaron de niños. Pero la otra, no menos importante, es cuando Adán y Eva dan nombres a las cosas y, por tanto,

las sacan de la masa oscura de lo innombrado y les dan perfil distinto e individualidad. “Creemos los nombres. Derivarán los hombres. Luego, derivarán las cosas”, escribió Juan Ramón Jiménez.

El mundo está hecho con palabras. Con las palabras inventamos nuestros recuerdos, nuestra propia biografía, nuestras relaciones con los demás, y son las palabras las que construyen ese andamiaje complejo que llamamos realidad. En el casino de Vetusta, uno de los personajes de *La Regenta*, la novela de Clarín, decía el padre de La Regenta que todo aquello que rebasaba la pertinaz realidad que se encontraba ante nuestras narices era idealismo alemán. Y probablemente era verdad. El idealismo alemán nos enseñó, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, que nuestras percepciones no son nada si no las ordenamos con nuestras palabras. Mucho antes que los filósofos idealistas, ya un hijo de estas tierras, Hernán Cortés, iba por las ciudades de México diciendo cuánto les recordaban los edificios aztecas a aquéllos otros cuya descripción había leído en Amadís de Gaula, y Cervantes nos dibujó la tragicomedia de un hombre que era capaz de entender y construir la realidad con el inmenso material de que estaban compuestas sus lecturas.

Puede decirse que don Quijote confunde ficción y realidad, palabra y mundo, y que en esto radica su locura. Sin embargo, contra lo que habitualmente se dice, la locura de don Quijote no es un estado de enfermedad, ni de enajenación, si por enajenación se entiende lo que la propia palabra dice: salir fuera de sí mismo. La locura de don Quijote, al contrario de otras locuras, es una locura de la imaginación, locura admitida, si no voluntaria, que dota al personaje de una mayor finura para entender el mundo que le rodea. Don Quijote, en esto, es lo contrario a Alicia en el país de las maravillas. Alicia, en el libro de Carroll, es una niña que desmonta el rompecabezas del mundo a base de preguntas razonables y extraordinariamente cuerdas, que hacen parecer disparatadamente locos a los habitantes del mundo maravilloso al que cae. Don Quijote desmonta al mundo a través de su locura lectora, y los personajes que se encuentra por el camino nos dan la sensación de ser triste e irritablemente cuerdos. Pero hemos dicho que la locura de don Quijote es voluntaria. Hay una frase en *El Quijote* que, a mi entender, se sitúa en el centro mismo de la grandeza del personaje como hombre consciente de sí mismo y de su papel literario. Es cuando un vecino de su aldea lo encuentra tirado en un camino, apaleado y malherido, recitando el romance de Valdovinos. Cuando su vecino le dice que “no es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quintana”, don Quijote le dice, en una respuesta de cuatro palabras que resume una vida: “Yo sé quién soy”. Este “yo sé quién soy” nos hace comprender que la locura es sólo una herramienta de reconstrucción del mundo, un botón para penetrar en la injusta y desordenada estructura de las cosas.

Hay otro episodio en el que don Quijote es aún más explícito. Cuando habla del amor que dirige a Dulcinea y que no es el producto de un afecto espontáneo que transforma a la campesina Aldonza Lorenzo en dama de caballeros andantes, sino una acción deliberadamente literaria. Lo dice claramente y permítanme la cita, que es algo larga: “Por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílicas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron?”

No, por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y así bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje, importa poco, que no han de ir a hacer la información de él para darle algún hábito, y yo me hago cuenta de que es la más alta princesa del mundo. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad”.

Nos importa menos la puntualización que aquí se hacía sobre la invención de las damas por parte de los poetas que la lucidez con la que don Quijote era consciente de que el amor, el amante y la amada eran el resultado de un proceso de construcción intelectual, capaz de pervivir en un mundo literariamente cerrado. Es realmente una declaración sobre la estructura literaria del mundo. “Píntola en mi imaginación como la deseo” y, sin embargo, esta imaginación hecha de palabras es la fuerza que le impulsa a caminar y ser apaleado, golpeado y malherido una y otra vez. Decía Gertrudis Gómez de Avellaneda en su autobiografía de 1840, cuando hablaba del novio que le concertó su familia: “yo no conocía el amor sino en las novelas que leía, y me persuadí desde luego que amaba locamente a mi futuro. Como apenas le trataba y no le conocía casi nada, estaba a mi elección darle el carácter que más me acomodase. Por descontento me persuadí que el suyo era noble, grande, generoso y sublime. Prodigóme mi fecunda imaginación ideales perfecciones, y vi en él reunidas todas las cualidades de los héroes de mis aventuras favoritas. El valor de un Oroondates, el ingenio y la sensibilidad apasionada de un Saint Preux, las gracias de un Lindor y las virtudes de un Grandison”.

Los que citaba la Avellaneda son los héroes básicos de la novela sentimental del siglo XVIII, sin duda el género literario que más ha influido en la vida y la sociedad de nuestros antepasados, al menos en la íntima relación de ida y vuelta que se entabló desde entonces entre la lectura de los textos y las formas de la vida cotidiana. Para la sociedad del Antiguo Régimen, con el recuerdo de don Quijote en la cabeza, eran evidentes los problemas que las lecturas de este tipo de textos podía acarrear a lectores incautos, especialmente mujeres, para las que hasta fechas muy recientes, leer era un ejercicio pernicioso. Decía la propia Avellaneda que a su novio "no gustaba de mi afición al estudio y era para él un delito que hiciese versos" y que los familiares de su padrastro "decían que yo era atea, y la prueba que daban era que leía las obras de Rousseau", al tiempo que "ridiculizaban también mi afición al estudio y me llamaban *la Doctora*". Es el tópico dieciochesco de la mujer sabionda, a la que tanto se ridiculizó. Recordemos que Dulcinea del Toboso, a pesar de reunir en sí misma todas las gracias imaginadas, no sabía leer ni escribir.

Pero la potencia de la palabra, en la novela sentimental, era ya irresistible y todo el mundo social se vio afectado. En esto, el propio Rousseau que acabamos de ver citado es pionero y maestro a la vez. De hecho, la extraordinaria novedad de Rousseau en el mundo de las lecturas era romper la autosuficiencia de la literatura como universo cerrado, organizado según reglas no exportables, y proponer su modelo estético como norma de conducta eficaz. Buffón ya lo percibió, declarando tempranamente que "otros escriben, pero el señor Rousseau marca pautas de comportamiento". La ventaja de la novela burguesa sobre la poesía, a estos efectos, era su capacidad de hacer verosímil el diseño de ese mundo posible, creando personajes que se movían, sufrían y eran felices en un marco preparado para parecer real. Los argumentos se comprendían a sí mismos y se cerraban con naturalidad, participando de un espacio armónico que admitía la incorporación del

lector. El género epistolar, tan arraigado en el mundo ilustrado y consagrado sentimentalmente por la *Pamela* de Richardson, añadiría credibilidad y sugestión al argumento, restando apariencias literarias a los modelos estéticos y haciendo que los personajes se expresaran sin la intromisión de un narrador. La carta como género amoroso era más antiguo. Se asentaba, naturalmente, sobre el carácter lingüístico del sentimiento amoroso y sobre la posibilidad de que los amantes vivieran su pasión sin verse, en la medida en que el amor era un código hecho con palabras. Don Quijote mismo, al margen de haber estado enamorado en la distancia de Aldonza Lorenzo, sólo quiso tener contacto con Dulcinea a través de una carta. En su momento, los fajos de cartas serían un vehículo imprescindible del amor burgués, que se conservaban o devolvían según el estado de la relación, y difícilmente podría escribirse una carta de amor que no fuera, como muchas otras cosas, la expresión de un modelo literario.

Analizando los cruces y responsabilidades mutuas existentes entre el mundo de las lecturas y el de los lectores, Roger Chartier ha prestado atención al extraordinario poder de sugestión y involucramiento de *Pamela*, *Clarissa* o *Sir Charles Grandisson*, de Samuel Richardson. Sin perder de vista los efectos de lo que Rolf Engelsing denomina el paso de la lectura "extensiva" a la "intensiva" a lo largo del siglo XVIII, con predominio de la lectura silenciosa y en soledad, Chartier describe cómo "la novela se apodera de su lector, lo captura, gobierna sus pensamientos y sus conductas. Es leída, releída, conocida, citada, recitada. Su lector es invadido por un texto que lo habita e, identificándose con los héroes de la historia, toda la sensibilidad se encuentra comprometida y el lector, o la lectora, no puede retener su emoción, ni sus lágrimas". La cita nos devuelve al texto de Gertrudis Gómez de Avellaneda anteriormente citado y se dirige a un pasaje del *Éloge de Richardson* de Diderot que Chartier trae a colación:

"Yo estaba con un amigo, cuando me enviaron el entierro y el testamento de Clarissa, dos fragmentos que el traductor francés ha suprimido, sin que se sepa muy bien por qué. Este amigo es uno de los hombres más sensibles que conozco y uno de los más ardientes fanáticos de Richardson: poco falta para no lo sea tanto como yo. He aquí que se apodera de los cuadernos, se retira a un rincón y lee. Yo lo examinaba: en primer lugar veo derramar lágrimas, pronto se interrumpe, solloza; de golpe se levanta, anda sin saber adónde va, lanza gritos como un hombre desolado y dirige los reproches más amargos a toda la familia de los Harloves".

En suma, uno de los elementos más relevantes, sigue diciendo Chartier, "que caracteriza la relación con las novelas de Richardson es la abolición de toda distinción entre el mundo del libro y el mundo del lector", provocando, incluso, "la creencia en la existencia verdadera de los protagonistas", dada la familiaridad que éstos alcanzan "por la campaña publicitaria que precede a su publicación, por sus numerosas adaptaciones, traducciones, continuaciones y parodias, y por los objetos (grabados, figurillas de cera, abanicos, etc.) que dan una realidad cotidiana a los héroes de la ficción. Tras Pamela, Julie, Paul y Virginie y el joven Werther serán, también, objetos de una parecida *commodification*": a fin de cuentas, "la obra acompaña las penas y los días, habita en la memoria, se convierte en una guía de la existencia".

Desde entonces, es imposible comprender la sociedad contemporánea sin acudir a la poderosa influencia ejercida por la lectura en los criterios de organización, distribución, jerarquización, justificación y comprensión de los grupos sociales. Por eso,

para historiadores, filólogos, sociólogos, psicólogos, pedagogos y otros profesionales, perder de vista el mundo de la lectura y de la escritura es olvidar uno de los centros neurálgicos de nuestra naturaleza humana y social. De entre los numerosos e importantes proyectos que hoy tiene la Red de Universidades Lectoras, hay uno que me parece de primerísimo orden y que, si todo sale como esperamos, la Universidad de Extremadura coordinará: es el Centro de Documentación sobre Lectura y Escritura, cuyo núcleo (el nife que aprendimos de niños) será un servidor digital que pondrá en cualquier ordenador del mundo toda la producción mundial que han generado los estudios sobre las prácticas lectoras (con obras a texto completo cuando sea posible) y la hará accesible a través de motores de búsquedas con metadatos, de modo que el investigador tendrá suficientes recursos para hacer la labor por la que comienza cualquier trabajo serio: la poda del árbol de la ciencia, la selección de lo que es útil de lo que no lo es.

Porque, no lo olvidemos, en estos tiempos nuestros, el gran problema del sistema editorial es precisamente que se publica demasiado. No es sólo un problema del mundo del libro. En realidad, a otra escala, la necesidad de acceder al conocimiento que se genera es uno de los retos intelectuales más importantes que tiene una sociedad, la del siglo XXI, a la que no en vano hemos comenzado a denominar de la información. Bases de datos digitales, motores de búsqueda en la red y otros recursos se afanan en proporcionar listados sistemáticos de registros de lo publicado en distintos formatos para evitar la brecha que a menudo se abre entre los sistemas de generación de la información y nuestra capacidad de recuperarla. Sin embargo, a la velocidad con la que se edita, el estar al día de lo que se publica en cualquier tema es ya un horizonte que se revela imposible.

Hoy, a nivel mundial, se imprime más de lo que el público lector puede abarcar y digerir y, a la hora de editar, los representantes de las instituciones públicas se ven en la necesidad de velar cada día más puntualmente por la separación de lo relevante y lo irrelevante, lo válido y lo repetitivo o incorrecto, lo necesario y lo sencillamente insustancial, en beneficio de todos. Dice el escritor mexicano Gabriel Zaid, en su obra *Los demasiados libros*, que “la humanidad escribe más de lo que puede leer”, y para esto es indiferente la mayor o menor formación educativa de los lectores, pues, como sigue diciendo Zaid, “a medida que aumenta la población universitaria, no aumenta el número de los que leen, sino de los que quieren ser leídos”. De hecho, “cada minuto se publica un libro en algún lugar del planeta. Esto hace medio millón de títulos al año (...) Sin embargo, un lector de tiempo completo no puede leer más que 200 al año”. Stephen Hawking, el conocido físico y astrónomo, lo tiene calculado: “si se pusieran en fila todos los nuevos libros publicados, nos deberíamos desplazar a 150 kilómetros por hora para mantenernos al frente de la hilera”.

La cuestión se complica por cuanto la multiplicación de las formas de edición a través de los recursos electrónicos, a la vez que aumenta exponencialmente y democratiza la circulación del conocimiento, hace cada vez más dispersa y menos contrastada la información que se pone en uso. De ahí que los Servicios de Publicaciones se vean en la necesidad de ordenar sus procesos editoriales, velar por la transparencia de sus procedimientos y acreditar la excelencia de sus productos. Ésa es la causa de que los servicios editoriales públicos estén comprometidos en el seguimiento de los planes de calidad y acreditaciones externas, que garanticen la pureza y sistemática de los protocolos de edición y la salida a la luz de obras avaladas. Siempre

se ha dicho que es el tiempo el gran juez que realizará la separación de lo perdurable y lo efímero, y que el calendario, quizás el minuterero, nos dirá qué fue lo que mereció la pena. “Tira la piedra de hoy, / olvida y duerme (escribía Juan Ramón). Si es luz, mañana la encontrarás, / ante la aurora, hecha sol”. Es un poema muy senequista, muy estoico, en cuyo mensaje paciente he creído yo toda la vida. Pero pienso que es hora de que los servicios editoriales echen una mano al tiempo y le ayuden a diferenciar hoy, no mañana, no pasado mañana, los libros que tienen algo que decirnos y los que nacieron mudos para siempre. La limitación de los recursos nos lo exige. Y los lectores nos lo agradecerán.

El otro gran reto de las Universidades es entrar con decisión y convicción en el movimiento del Open Access, compromiso mundial de entidades con responsabilidad social corporativa de hacer que la producción financiada con fondos públicos sea accesible a la sociedad de forma libre y gratuita. Para favorecer la conversión de internet en un instrumento democrático de difusión del conocimiento, y para evitar la formación de grandes holdings de monopolio y venta de la información, la sociedad alemana Max Planck ha promovido el documento que ha venido en llamarse Declaración de Berlín y que ya ha firmado un importante número de universidades y sociedades científicas. En la Universidad de Huelva acabamos de hacerlo. La Declaración de Berlín no es un objetivo, sino una dirección: la que nos impulsa a caminar hacia el acceso abierto, el *software* libre y la eliminación de las fronteras digitales, que es una de las formas actuales de discriminación. Al Consorcio Andaluz de Bibliotecas Universitarias, reunión de las diez universidades públicas de Andalucía, el suministro de bases de datos y revistas digitales para el uso científico supone una factura al año de cerca de 7.700.000 euros, que cobran los proveedores de los grandes paquetes de recursos. La dirección del acceso abierto nos obligará a revisar los contratos de edición y derechos de reproducción de toda la producción editorial de las universidades y a abordar de una manera definitiva la conformación de grandes repositorios coordinados, muchos ya en marcha, que almacenen y difundan de forma gratuita todo el conocimiento generado por las Universidades: revistas, tesis doctorales, trabajos de fin de carrera, literatura gris e institucional, todo en libre acceso y a texto completo.

Ése será un esfuerzo que no sólo tendrán que abordar las Bibliotecas y Servicios de Publicaciones, sino que tocará a todos los servicios universitarios en su conjunto, y que deberá quedar fijado en los Planes Estratégicos de nuestras Universidades. Porque la pureza de los sistemas democráticos, que es una conquista social y política que se renueva todos los días, comienza por la democracia del conocimiento y de la información, que es la fuente básica de la libertad. Porque, en su justa medida, la democracia es fundamentalmente libertad de pensamiento, y eso se consigue a través de la eliminación de las barreras que aún hoy tienen los sistemas de difusión de datos y opiniones y mediante la insistencia en el perfeccionamiento de las dos grandes prácticas culturales que hoy nos reúnen: la lectura y la escritura. Es por ello por lo que la Red de Universidades Lectoras no sólo es un instrumento que interesa al campo de la educación o de las humanidades, que ni siquiera se reduce a nuestro oficio de enseñar de manera íntegra y caval a los estudiantes, sino que se dirige esencialmente al centro de nuestra sociedad, en el deseo de formar hombres y mujeres cada vez más sabios, más cultos, más justos y más libres.

Nada más, muchas gracias.